

Poéticas

Poemas de la niña mortal

Leticia Bergé, o el ascenso a los altos

En su conjunto, los libros de Leticia Bergé (Madrid, 1991) hacen una serie que comprende la improbable irrupción del Tiempo en la edad inmortal. *Poemas de la época alegre* (2003), *La rabia de los árboles* (2004), *Eres morada* (2005) y *Dame tu llave* (2006) (AMG Editor), compendio de tradiciones bien digeridas, sencillas composiciones que cuentan historias íntimas de naturalezas simples con las que tensa el tiempo sus sucesivas desapariciones, desde una nostálgica edad infantil hasta esa otra adolescente anegada de cálidas y oscuras premoniciones. Ese arco relata los lentos descensos de los ángeles desde esos reductos del hombre lúcido que son siempre los altos.

La edad del asombro

Los vivos poemas de Leticia Bergé despiertan todo cuanto nombran, son una canción, inofensiva sólo en apariencia, en la eclosión de todo cuanto llama a los sentidos. Un canto sencillo que celebra siempre la luz en todas las formas de un mundo recién inaugurado.

Tal como lo fuera la exultante intuición de los primeros físicos en su espontáneo y decidido impulso por dotar de comprensión el principio último de las cosas, también Bergé experimenta ese mismo temblor cálido de los enunciados que determinan y resuelven la realidad de forma directa e inmediata.

En ese tiempo del despertar de las cosas del mundo en sus nombres, lograron los milesios que la naturaleza se precipitara en sus sentidos, se dejara tocar, respirar, alcanzar al fin. Nunca como en sus enunciados un brote de agua, las partículas del aire o una momentánea deflagración estuvieron más llenas de dioses. Tampoco los cielos, más despiertos.

De esa misma limpia intuición se sirvió Demócrito para concebir una física a partir de la observación del simple prodigio de las evoluciones del polvo en una emulsión de luz.

Asciende, ahora, Bergé a los altos y bajo esas bóvedas recién desgajadas acompaña a los elementos con palabras que son siempre cómplices, nunca un obstáculo para un conocimiento por ósmosis.

En estos poemas, tal como en las primeras físicas, entra el mundo en los ojos y como un animal que nos estuviera aguardando, simplemente, se deja decir.

*No sé cómo definirlo,
el cielo es infinito,
la capa que cubre mi rostro,
la manla que cubre mi corazón.
¿Qué haría yo sin ojos,
sin poder alabar el mundo con la vista?
¿qué haría yo si me perdiera una noche?*

*...
Luz,
luz cotidiana.
Tú, luz familiar,
que alumbras al propio sol
sin saber por qué alumbras.
Tus rayos recorren el recorrer*

Condena de la lucidez

El poema en los ojos de Leticia Bergé es número de naturalezas y bestiarios, muchas veces dispuestos en estribillos que recuerdan canciones populares, y procuran una misma verdad y comunión de danza en lo enunciado.

Una suave naturaleza, como dibujada, un paisaje de cartón piedra templada para el arrullo en los cuentos infantiles, deja, en ocasiones, un rastro dulce de palomas muertas, pájaros que "mecen estrellas en sus garras", "jilgueros degollados, cigarras "chillando en la noche del cielo". Natura-

Aun si digo sol y luna y estrella me refiero a cosas que me suceden.

*¿Y qué deseaba yo?
Deseaba un silencio perfecto.
Por eso hablo.*

(Alejandra Pizarnik)



Para el lúcido la palabra consciente es el único gesto que puede abrazar un cuerpo. "El único placer que uno puede conocer -afirma Fernando, el profesor exiliado de *Lugares comunes-*, lo único que se parecerá remotamente a la alegría, será el placer de ser consciente de la propia lucidez... "El silencio de la comprensión del mero estar. En esto se van los años. En esto se fue la bella alegría animal", que diría Pizarnik". "La lucidez en el amor -apunta Emilio Varela- no es razón suficiente para existir y la vida sólo se encuentra plena en compañía del dolor limpio y salvaje".

Lucidez y celebración, la naturaleza en su número y transformación perdurable es una suerte de hallazgo intransferible que no pide nombres, y a la que nunca asedia la urgencia de sentido alguno. En este exultante vitalismo el mundo está, y es para nada, guarda sin embargo para Bergé el vivo magnetismo de todas las cajas con un secreto dentro que nunca podrá ser desvelado.

En la madurez de estos poemas la aturrida búsqueda de la felicidad ya no es un problema. Para qué, siendo tanta la realidad.

Hay en esta vertiente trágica que se agrava con cada nuevo libro ecos de la oscura luz de Alejandra Pizarnik; una misma "seducción desde el espanto".

*Quando no conoces nada.
Quando quieres salir y no puedes
Y estás pero todos te extrañan.*

*...
Los niños
que no van al cielo
se quedan conmigo.*

Desde los altos

Algo del amor cósmico al incansante mundo que expresara ese depurado discípulo de Juan Ramón Jiménez que fuera Jaime Delclaux hay en las composiciones de Bergé. Ambos dejan crecer la inmediatez del prodigio en los ojos, ascienden a los altos y desde su estatura registran los mismos cielos, sueñan los mismos mares y estrellas, celebran todo ese polvo del principio de los tiempos en un rayo de luz. Sensación hablada. Pulsión de un "infinito deseo de besar todas las cosas". Todo en ellos se hace nostalgia, recuerdo precoz de lo que habrá de irse.

La intimidad de estos poemas descansa en los sentidos. Bergé toca los elementos, los cuerpos de la naturaleza, sus animales. Se deja capturar para no ser una extraña entre todos ellos, acepta gozosa el don de la ingravidez cuando descienden las águilas para darle caza o se "lanza a la imagen".

Esta profunda sed de conocimiento y paisaje procura cierto halo romántico a cada pieza. Cada una de ellas atiende al gesto del héroe y cada gesto crece con una misma vocación de unidad en la sucesión de la muerte pasada y venidera, ajena y propia.

Con la misma determinación con que "mete su arrugada mano en la tierra", "mete la mano en el olvido", ahonda un surco que restaura la figura del ausente. La memoria adquiere entidad de cuerpo o sustancia aprehensible.

En estos poemas del recuerdo y la generación, diseminados por sus cuatro libros, se desatan amables nostalgias de lo que no se ha vivido: "yo no estuve allí", conciencia de ser muchos: "en su voz está la de sus padres cosida a su lengua", certeza de que todo hombre camina, se transforma o cae con su álbum de familia bajo el brazo.

*Creíste haber perdido
para siempre
los ojos que viste.
Los fundidos ojos que viste
son ahora tu llama ardiente
que no te suelta, que no te deja,
son para siempre.
No te diste cuenta al quedártela,
que la sangre de tu muerto
es para siempre.*

Bergé encara las pérdidas y continúa inaugurando espacios; la vida nueva, migraciones, mudas, la piel ya otra sumando biografías. Otro paisaje, otra casa, otra Venecia, tras el ausente, en su recuerdo un nuevo yo.

Encendida búsqueda y celebración de lo encontrado. Abierta y cósmica vida desde los altos, abierta por igual la cotidiana muerte.

La niña mortal se abraza aún a los árboles, apoya su frente contra la corteza y acaso observa, con la esperanza de permanecer indemne, desde la edad del asombro, el lento descenso del polvo antiguo sobre las cosas, cómo la arena hace poso y simiente y arrebata al mundo su color. Acaso escuche lo que un día les susurrara Pizarnik: "ahora / en esta hora inocente / yo y la que fui nos sentamos / en el umbral de mi mirada", "explicar con palabras de este mundo / que partió de mí un barco llevándome".

*Yo no quiero crecer
y perder ese olor a musgo
que aún me envuelve y me protege.*

Jon Obeso Ruiz de Gordoa